

MEDICINA CON FORMA DE MUJER

© del texto: Marcos González Roldán

© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.

© portada: Punto Rojo Libros, S.L.

© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@puntorolibros.com

www.puntorolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: septiembre 2016

ISBN: 9788416937486

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Marcos González Roldán

MEDICINA CON FORMA DE MUJER

PUNTOROJO
libros

*Dedicado a todas aquellas personas que se esfuerzan,
en todo momento, para crear un mundo mejor...*

I. ÉXITO

—¡Estoy más que harto de todo esto! —exclamó furioso nada más apagar el motor de su coche—. ¡Ya no puedo soportarlo más! —gritó con rabia mientras golpeaba encolerizado el volante.

Por fortuna y sin saber muy bien cómo, logró aparcar sin percances en su plaza de garaje. Estaba totalmente agotado, bastante turbado por los efectos del alcohol e incluso faltó de la energía necesaria para llegar a su casa. Pasaron los minutos, abrió sus ojos con dificultad y se dio cuenta de que estaba dormitando apoyado en el panel lateral de la cabina del ascensor, había olvidado pulsar el botón del octavo piso. Fue un día muy exigente para Raúl, aunque lo cierto es que durante los últimos años todos sus días le están pareciendo realmente duros e interminables. Haciendo un tosco movimiento con su muñeca logró ver las manecillas de su reloj y sintió un pinchazo de impotencia dentro de su estómago al comprobar que ya eran más de las dos de la mañana. Abrió la puerta de su casa sin hacer ruido, con mucho cuidado pero con cierta torpeza, no quería despertar a su mujer ni a su hijo. Fue directo al salón y empezó a despojarse con saña de su traje, hecho a medida por el sastre de vanguardia que confeccionaba el vestuario a los altos ejecutivos de la ciudad. Su mareo se acentuaba por momentos debido a los excesos de la cena con sus compañeros de oficina y acabó desplomado sobre el sofá, su visión era algo borrosa y enseguida el salón con todos sus muebles empezaron a girar y moverse hacia los lados provocándole unas nauseas terribles que a punto estuvieron de hacerle vomitar. Cerró sus ojos para intentar calmarse, no lo consiguió, y movía su cuerpo de un lugar a otro del sofá sin encontrar la postura deseada para conciliar el sueño. Aturdido por su estado, a Raúl le revoloteaban por su mente conversaciones de la velada:

—Qué lugar tan bonito y exclusivo para cenar, sin duda, uno de los mejores establecimientos de restauración de todo Madrid. —Había comentado un compañero en la sobremesa.

—Somos unos privilegiados, tenemos una salita privada en exclusiva para nosotros y tanto la calidad de la comida como la atención del servicio han sido inmejorables —añadió Raúl.

Él siempre se había sentido importante en estas reuniones de alta dirección pero ahora estaba desconcertado y cada vez más angustiado con estos eventos. Aunque se trataba de cenas mensuales voluntarias que celebraba su empresa para «premiar» a sus directivos, Raúl había asistido a todas ellas en los últimos años, desde que logró alcanzar su puesto actual de Director de Estrategia y Desarrollo Corporativo. Pero lo que le estaba trastornando en esta ocasión, como en tantas otras recientemente, es que en estas «cenas de trabajo voluntarias» no se hablaba nada de trabajo, no se habían compartido visiones o estrategias de futuro, no se trataban los problemas diarios de operativa ni nada para mejorar en calidad y eficiencia. Como era habitual, al principio la cena había transcurrido entre aburridas conversaciones sobre política y críticas a la competencia, para después y con la inestimable ayuda de un buen vino, empezar las charlas sobre series de televisión, películas y sobre todo, mucho fútbol. Para el postre, y cuando ya había caído una botella de jugo de uva fermentada por cabeza, ya solo se hablaba de mujeres, en particular de secretarias y compañeras de oficina. No le resultó difícil, como conclusión de la noche, saber que ya estaba más que cansando de perder el tiempo en estas reuniones informales que antes le encantaban y le hacían sentir tan prestigioso.

El fluir constante y desordenado de sus pensamientos agudizaban su insomnio, abandonó la estancia principal de su casa y se dirigió con mucha cautela a su habitación. En su cama estaba durmiendo Sandra, su mujer, la observó con cariño pero con cierto remordimiento; acababan de cumplir veinticinco años casados y desde hacía mucho apenas tenían tiempo para estar juntos. Ni siquiera habían podido celebrar sus bodas de plata con algún viaje como les hubiese gustado. Raúl siempre estaba muy atareado con su trabajo y decidieron

dejarlo para más adelante, para cuando tuviesen más tiempo, era su forma de mentirse y tranquilizar su conciencia. Este recuerdo provocó un gesto amargo en su semblante. Estaba pálido y tenía mucho calor, no sabía si la noche era bochornosa o era él, pero el caso es que notaba un acaloramiento que iba a más. Se quitó el resto de la ropa que le quedaba con brusquedad, su camisa y sus calcetines se quedaron desparramados por el suelo mientras él se metía dentro de la cama. Le hubiera gustado darse una ducha para quitarse el olor a alcohol y humo pero estaba muy cansado. Sintió la necesidad de lavarse los dientes para quitarse el mal sabor de tanta mezcla: cerveza, vino y puros en el restaurante, así como varios *gin-tonics* en el último pub con barra americana, le habían dejado la boca y en especial su aliento, con una sensación muy desagradable. Pero ya no podía moverse de la cama, ya estaba tumbado con los ojos cerrados y deseaba dormir, necesitaba descansar.

El despertador sonó a las seis y media, empezaba un nuevo día de trabajo y Raúl no se lo podía creer, apenas había dormido nada. Notaba que no había descansado y tenía severas náuseas por los excesos de la noche anterior. Su malestar tenía un nombre que lo definía: resaca. Estaba bastante mareado y sentía una especie de nublado en sus sienes que empezaba a ser agudamente doloroso a medida que se incorporaba.

«Suerte que es viernes» se consoló, hoy saldrá antes de la oficina y podrá descansar durante el fin de semana. Esto le animó un poco y consiguió algo de fuerzas, las suficientes para alcanzar el baño y tomarse los medicamentos habituales para poder digerir su cena de trabajo. Un ibuprofeno, dos almax y unas pastillas de vitaminas B1 y B6 le dieron el impulso necesario para ducharse, vestirse y alcanzar la cocina, donde un par de cafés bien cargados le hicieron sentirse con la energía suficiente para afrontar una nueva jornada.

Ya estaba mejor, el cóctel de medicamentos y cafeína estaba haciendo su trabajo y lo agradecía.

Al igual que todos los viernes el tráfico era horrible en Madrid y Raúl se encontraba en pleno atasco, había salido hacía media hora de

su garaje y apenas avanzaba por las congestionadas avenidas de la capital. Sabía que tardaría menos en llegar a la oficina andando que en su coche, lo comprobó un día cuando tenía su flamante Audi Q7 en el taller para una revisión y Sandra necesitaba su otro coche; ese día fue caminando y apenas tardó más de cuarenta minutos. Hoy tardará bastante más de una hora en alcanzar su despacho, pero ya no le importa y como es habitual en estos casos, a las ocho en punto llamará a su secretaria para informar de que llegará tarde y de paso, comprobar que ella es puntual.

Consiguió entrar en su oficina a las nueve menos cuarto, como no había descansado prácticamente nada, se sentía algo plomizo y con bastante desánimo a pesar de que el mareo ya había desaparecido. Saludó sin mirar a la cara y con desgana a su secretaria, le pidió un café doble bien cargado y que no le pasase llamadas a no ser que fueran muy importantes. Se encerró en su despacho, encendió la pantalla de sus dos ordenadores de sobremesa y empezó a repasar su agenda de actividades para ese día de trabajo que comenzaba.

Tras despachar los asuntos más urgentes, se recostó sobre su sillón y consiguió relajarse un poco cuando empezó a sentir un extraño e intenso escalofrío que recorría su espalda desde su coxis hasta la parte superior de sus cervicales, a la par que un acentuado hormigueo se instalaba en su coronilla.

—No, otra vez no. No quiero seguir con estos absurdos pensamientos. Esto es lo que hay, me gusta y está todo bien —musitó con voz apagada.

Había un sentimiento molesto que le acompañaba desde hacía bastante tiempo y era consciente de que estaba tratando de ignorarlo, de ocultarlo en su mente bajo la espesa alfombra de problemas por resolver. Raúl estaba cansado y confuso, no era por la noche anterior, era por el ritmo de su vida, su falta de tiempo libre, su falta de motivaciones personales y la ausencia de alicientes que le ayudasen a sobrellevar su día a día. Ya no se sentía tan ambicioso y luchador, ya no disfrutaba nada de su trabajo y de su familia apenas había podido disfrutar nunca. «Pero no puede ser» se decía una y otra vez, «soy un

hombre con un gran talento, un ejecutivo de éxito que ha conseguido todo lo que se ha propuesto, soy un triunfador de la vida que tiene todo lo necesario para ser feliz».

Demasiados pensamientos desordenados seguían dando vueltas en su cabeza mientras una intensa sensación le abatía por momentos, sabía que, en lo más profundo de su ser, dejó de ser feliz hace mucho tiempo. En los últimos meses seguía intentado disimular esta sensación, pero cada vez afloraba con más asiduidad y él cada vez tenía menos fuerzas para ocultarla.

Sintió una profunda insatisfacción, un vacío que no comprendía y otras emociones negativas que rechazaba frontalmente. Se levantó con fuerza desde su confortable sillón de piel natural dibujando un moviendo brusco, un gesto casi agresivo. Permaneció en pie con semblante muy serio por unos minutos, su preocupación iba a más y empezó a caminar con lentitud por su despacho. Se dirigió al ventanal de cristal y miró las vistas panorámicas de la ciudad de Madrid que le proporcionaba su elevada ubicación desde la planta treinta y tres de uno de los edificios más modernos de la capital.

El hormigueo en la parte posterior de su cabeza iba a más, Raúl esta vez no luchó contra sus pensamientos, se dejó llevar por ellos, los aceptó y los permitió fluir con libertad. De manera automática, sin pensarlo ni desearlo empezó a repasar y reflexionar sobre todo lo acontecido en su vida hasta ahora.

Raúl está cerca de cumplir el medio siglo de vida y lleva veintiséis años trabajando en su empresa, uno de los mayores bancos comerciales de España. Empezó a trabajar en este banco poco tiempo después de terminar con excelentes calificaciones su licenciatura en Ciencias Económicas y Empresariales. Sus primeras funciones en el banco eran trabajos administrativos y de poca relevancia operativa, pero Raúl era paciente además de muy ambicioso, entendió que con mucho esfuerzo, perseverancia y sabiendo relacionarse bien con sus jefes las oportunidades llegarían. Y así fue, con los años fue escalando

posiciones en el organigrama corporativo de su empresa hasta alcanzar su alto rango vigente.

Nació y se crio en una barriada humilde de la periferia de Madrid, vivió toda su infancia y parte de su juventud en una modesta casa baja junto a sus padres, su hermana mayor y dos tías, que eran las hermanas pequeñas de su padre. Su familia regentaba un pequeño supermercado en su propio barrio, su padre dedicó toda su vida a trabajar con esmero en este comercio y gracias a ello, pudo pagar con orgullo los estudios a su único hijo varón. Toda la familia trabajaba en esta tienda: sus padres, sus tías y su hermana mayor, que heredaría a posteriori este negocio junto a su marido. Raúl tenía que compaginar sus estudios con largas jornadas de fin de semana en la tienda. Fue educado para ganarse la vida gracias a su esfuerzo y en todo momento estuvo muy influenciado por el tesón y perseverancia de su padre hacia el trabajo, cualidades que apreciaba mucho de su progenitor. Como consecuencia, Raúl siempre ha mostrado una actitud prioritaria hacia el trabajo, era su forma de demostrar su admiración y agradecimiento a la figura de su padre, quien con tanta diligencia había sabido sacar adelante con dignidad las necesidades de toda la familia. Durante años sintió sobre sus hombros una deuda ficticia hacia su padre por financiarle sus estudios universitarios, ninguno de sus amigos del barrio tuvieron tanta suerte ya que todos empezaron a trabajar a edades tempranas para paliar las necesidades económicas de sus familias. Ahora Raúl cobra un importante sueldo mensual más incentivos y primas propias de su posición que son motivo de orgullo tanto para él como para su familia, es su manera de demostrar que todo el esfuerzo familiar ha tenido su merecida recompensa. Por ello, Raúl no escatima a la hora de colmar y agasajar con costosos regalos a sus padres y a toda la familia de su hermana, puesto que le encanta dejarlos impresionados y boquiabiertos con su «generosidad».

Raúl conoció a su mujer en la facultad, empezaron siendo compañeros de clase, después fueron buenos amigos que estudiaban juntos y finalmente llegó el amor que siempre estuvo latente entre ellos. Se casaron muy jóvenes, solo un año después de que él obtuviese un

puesto fijo en el banco. En los primeros años de matrimonio trabajaban los dos, Raúl en el banco y Sandra en una empresa de seguros. Sus objetivos se estaban cumpliendo, ganaban bastante dinero y tenían las tardes libres para estar juntos y disfrutar de las actividades que les gustaban: pasear por la ciudad, ir a cenar a románticos restaurantes, ver obras de teatro, etc. Pero sobre todo, aprovechaban siempre sus vacaciones para viajar, esta era la gran pasión de ambos y una vez al año, durante el mes de agosto, pasaban al menos tres o cuatro semanas viajando por el mundo.

En principio, no querían tener hijos, se encontraban perfectamente tal y como vivían. Estaban contentos viendo a sus amigos tener niños mientras ellos tenían total libertad para hacer lo que quisieran. Cuando ya estaban bien metidos en la treintena de edad sus ansias de estar solos, salir por las tardes y conocer mundo comenzaron a apaciguarse, fue entonces cuando la idea de formar una familia empezó a rondar sus cabezas e iniciaron con ilusión la aventura de tener descendencia. Por aquel entonces, Raúl había ascendido bastante en el banco, ya tenía un puesto intermedio de responsabilidad, muchas más horas de trabajo que antes y un sueldo más que suficiente para mantener a los dos, así que Sandra dejó de trabajar para emplear todo su tiempo en su nuevo proyecto, ser una buena ama de casa y formar una familia. No fue nada fácil, tras tres años intentándolo por medios naturales no hubo resultado, comenzaron a preocuparse y a pensar que no podrían tener hijos nunca, por lo que decidieron ponerse en manos de especialistas médicos para conseguirlo. Este periodo fue muy duro para Sandra, pues cuanto más tardaba en quedarse embarazada mayores eran sus deseos de ser madre y le horrorizaba la idea de no ser capaz de conseguirlo.

Raúl sentía la angustia de su mujer, a la que cada vez veía menos, pero él ya tenía bastantes preocupaciones con su trabajo; en aquellos años España estaba atravesando una severa crisis económica que estaba afectando mucho a los resultados económicos de su banco. Su salario se había reducido bastante por la falta de incentivos y lo que

era peor, algunos de sus compañeros habían sido degradados a puestos inferiores y otros habían sido despedidos pues hubo severos reajustes de plantilla en la empresa. Ante este panorama, Raúl se volcó aún más en sus cometidos laborales, ya trabajaba durante todo el día y su banco empezó a ser la prioridad absoluta en su vida. Tras finalizar esta crisis, gracias a su tesón y esfuerzo Raúl volvió a ser ascendido. En esa época es cuando empezaron las cenas de alta dirección y los viajes de negocios que le mantenían durante semanas fuera de casa.

Tras dos años de intenso tratamiento ginecológico y después de haber sufrido dos abortos prematuros, justo cuando la idea de adoptar un niño cobraba fuerza para Sandra, nació Alberto. Este fue un gran acontecimiento para ambos, para Sandra que había estado obsesionada por completo con su maternidad, se cumplió su deseo de ser madre y tener todo su tiempo para dedicarse a criar a su hijo. Para Raúl, tener un hijo era lo único que le faltaba para que su éxito fuese completo. Se sentía totalmente realizado: era directivo con un puesto de gran responsabilidad en una de las mayores empresas de España, vivía en una estupenda casa en uno de los mejores barrios de Madrid, disponía de dinero de sobra para mantener a su familia y permitirse sus caprichos, estaba casado con una mujer atractiva e inteligente a la que amaba y además, ahora la vida le premiaba con un hijo con el que poder disfrutar, sentirse padre, jugar con él, educarlo con esmero y enseñarle que con mucho esfuerzo podrá triunfar en la vida, al igual que su padre.

Alberto ya tiene once años, es un chico muy educado y correcto, aunque algo tímido y solitario que proyecta una imagen de niño mimado y delicado entre sus compañeros de clase. Estudia en uno de los mejores colegios de Madrid y se esfuerza mucho en sacar buenas notas; aunque no consigue las excelentes calificaciones de su padre, asunto que Raúl le recuerda con demasiada frecuencia. Su vida transcurre entre el colegio por la mañana y sus innumerables actividades extraescolares por la tarde: tenis, piano, natación, informática, etc. Alberto apenas tiene amigos en el colegio y con los hijos de sus vecinos

apenas se ve un rato en el parque los fines de semana, por lo que siempre ha deseado tener un hermanito pequeño con quien jugar en casa. Sandra y Raúl consideraron tener otro hijo cuando Alberto a los tres años empezó a ir a la escuela, pero Sandra sentía que había sido agotador esos tres años criando en solitario a su hijo. Con más de cuarenta años ya se sentía demasiado mayor para comenzar un nuevo proceso de gestación, en especial, si iba a ser tan fatigante y complicado como el primero. Ella prefirió volver a trabajar en su antigua empresa, pero esta vez a media jornada para poder estar por las tardes con su hijo. En esa misma época Raúl volvió a ser ascendido en su empresa y estaba muy ocupado adaptándose a sus nuevas funciones y a los cometidos laborales que su nueva posición de Director de Sección le requería, así que respetó y entendió la decisión de Sandra. Además era consciente de que no tenía mucho tiempo libre para disfrutar de un hijo, con lo que sería casi peor repartir su escaso tiempo con otro niño.

La figura petrificada de Raúl seguía imperturbable en su despacho con la mirada perdida hacia los rascacielos de la gran ciudad mientras las secuencias y los recuerdos de su vida seguían desplegándose con absoluta nitidez. Una muesca de amargura y sufrimiento ensombreció su rostro, sabía que ahora llegaba lo más difícil de asimilar, lo incomprensible para un hombre en su situación. Algo estaba fallando, hacía años que no sonreía con sinceridad, que no encontraba la alegría en ninguna parte, que ningún sentimiento de amor verdadero brotaba de su corazón y que las preguntas más extrañas aparecían con frecuencia en su cabeza: «¿Qué sentido tiene la vida? ¿Para qué tanto esfuerzo si no consigo ser feliz? ¿Cuándo voy a conseguir tener tiempo para realizar lo que deseo?».

Raúl sentía que su vida se estaba apagando, que transitaba por un túnel oscuro y estrecho cada vez más cerrado. Nunca había hablado sobre este asunto con nadie porque ni siquiera él se atrevía aceptarlo, pero negarlo tampoco estaba funcionando y los momentos de confusión y desconcierto eran cada vez más frecuentes y profundos. En particular, desde que sintió que necesitaba añadir algún aliciente para salir de la asfixiante rutina que lo tenía preso y tuvo la

genial idea de iniciar una aventura sentimental con una compañera de trabajo que resultó tan «apasionada» al principio como fugaz e insustancial al final. Este episodio de su vida fue como intentar apagar un fuego con gasolina, en lugar de incentivar su estado de ánimo lo que propició fue sumergirlo todavía más en su desorientación vital y desconsuelo existencial. Se confirmaba de esta manera su sospecha más certera; su problema, si así podía llamarse, estaba dentro de él y no tenía ni idea de cómo afrontarlo.

II. SUEÑOS

Después de una mañana muy calurosa, durante la tarde una tormenta primaveral regaba y, por fortuna, limpiaba la polución de la ciudad. Mariam estaba desquiciada dentro de su coche viendo la lentitud con la que avanzaba entre la maraña de vehículos que congestionan todas las avenidas. Intentó probar por atajos y calles menos frecuentadas para esquivar el atasco pero no consiguió su objetivo sino que demoró más aún su marcha poniéndose más nerviosa. Debía recoger a sus dos hijos que estaban en la academia de inglés y ya llegaba tarde.

Había sido una víspera de fin de semana frenética, aunque en verdad no muy diferente a cualquier otro día: se levantó muy temprano, despertó a los niños y les ayudó a asearse y vestirse rápidamente. Después preparó el desayuno que comieron a toda prisa y les llevó en su coche, a ritmo de competición automovilística, hasta su colegio antes de la hora límite de entrada. Después fue a hacer la compra para todo el fin de semana, en esta ocasión, una compra más selecta y sofisticada porque el sábado recibían la visita para cenar de unos amigos con sus hijos, aunque en verdad, eran los amigos de sus hijos que venían a cenar con sus padres. Tras acudir a tres comercios distintos para seleccionar los productos a comprar, y «poder estar a la altura de las circunstancias», volvió a su casa. No había tregua ni descanso, colocó todos los alimentos comprados en su sitio, limpió su hogar y puso la lavadora con programa de secado rápido para de inmediato poder planchar toda la ropa y colocarla en sus cajones y armarios. Miró de reojo y con algo de miedo el reloj de gran tamaño que vigilaba en la única pared sin armarios de toda la cocina.

—¡Qué horror! —exclamó en voz alta y angustiada.

Iba retrasadísima y aún debía preparar la comida antes de las dos y media; a esa hora llegaba con un hambre devorador Fran, su marido. Él siempre tenía mucha urgencia por comer rápido para poder echarse una siesta de veinte o, en el mejor de los casos, treinta minutos antes de volver a su oficina. La comida que tanto tiempo le llevaba preparar a ella, apenas duraba diez minutos en ser engullida por su marido con bastante ansiedad. Después del acelerado almuerzo, Mariam recogió la cocina y volvió a salir corriendo de casa para recoger a los niños en el colegio a las cuatro y media y llevarlos sin demora a la escuela de idiomas antes de las cinco. Como no había tiempo que perder aprovechó la hora y media que sus hijos estaban en clase para ir a comprar algo de ropa nueva. Los niños crecen muy veloces y es extraña la semana que no hay que comprar alguna camiseta, zapatos, pantalón o ropa especial para sus actividades deportivas porque todo se les va quedando pequeño o lo desgastan enseguida.

Con media hora de retraso y después de dejar el coche tirado en doble fila, Mariam recogió a sus hijos que estaban pacientemente esperando en un aula aparte junto a otros niños cuyos padres también llegaban tarde. Ahora ya se encontraba mejor y mucho más tranquila con sus hijos acomodados en sus sillitas del asiento trasero del coche. No tardaron sus hijos en quedarse plácidamente adormilados mientras eran mecidos por la lenta marcha del coche. Al ser viernes también estaban muy cansados de su exigente semana escolar repleta de deberes y actividades extraescolares. Para evitar que se durmiesen del todo, ella les ofreció unos bollos recién comprados y, como tantas otras tardes, los niños merendaron algo rápido en el coche.

Por fin en casa, Mariam consiguió sosegar un poco, por hoy, ya no habría que salir a la calle. Los niños estaban jugando en su cuarto y ella en la cocina, donde empezó a preparar la cena. Cocinar le gustaba mucho y lo hacía de maravilla siempre que tuviese tiempo de hacerlo con tranquilidad, aunque no era muy frecuente que esto ocurriese pues para ella toda su vida parecía una eterna carrera contrarreloj. Eran las ocho y cuarto, «¡Genial!» celebró con satisfacción, la cena estaba preparada y hoy era el día que más tarde llegaba su

marido pues siempre tenía que dejar su gestoría en orden para el fin de semana y preparada para despachar los asuntos urgentes del lunes. Fran no volvería a casa hasta las nueve y algo, por lo que disponía de al menos una hora libre y le pareció un preciado regalo tener tanto tiempo, así que se entregó a disfrutarlo. Tras acomodarse en el sofá del salón, encendió la tele y prendió un cigarro que le supo a gloria, al fin la relajación se adueñó de ella por primera vez en todo el día y sintió algo de sueño fruto del cansancio. No quería dormirse, se levantó del sofá y salió a la terraza, desde donde podía contemplar el Parque del Retiro. Las hermosas vistas que se podían observar desde su mirador consiguieron relajarla un poco más. Respiró hondo llenando sus pulmones de aire renovado cuando sintió una fresca e inesperada brisa que agitó con fuerza las sillas y las macetas de la terraza. Mariam no se inmutó y disfrutaba con las sensaciones de frescor que proporcionaba este sorprendente viento. Tenía la vista perdida en el horizonte y sintió un intenso pero cómodo escalofrío que le recorrió todo su cuerpo, desde la planta de los pies hasta su cabeza. De forma repentina y sin considerarlo por un momento, empezó a reflexionar sobre toda su vida.

Acababa de superar la mitad de la treintena y desde siempre tuvo un intenso recuerdo de infancia que marcaría su vida por encima de todo: siempre soñó con formar una familia, tener un buen marido al que amar, sentirse muy querida por él y por supuesto, tener hijos. Dos hijos estaría perfecto en sus sueños de niñez y por pedir, aunque no imprescindible, que fuesen un niño y una niña. De esta forma, sabría lo que era criar a un chico y a una chica, experiencia que según ella sería mucho más enriquecedora e interesante que tener únicamente niños o niñas. Desde que tenía uso de razón, ella siempre visualizó este sueño en su imaginación.

Su padre procedía de una reconocida familia burguesa, aunque venida a menos en los círculos de influencia de «la alta sociedad» madrileña, que se casó con una de sus empleadas de una fábrica de muebles. Tenían una situación económica bastante desahogada aunque sin los grandes lujos que sí disfrutó su padre en la niñez; ella nunca

llegó a tener institutriz francesa ni inglesa como su progenitor, pero bien es cierto que jamás, ni de lejos, le faltó nada en el aspecto material. Su infancia no fue nada fácil, vivió y sufrió un problema de niñez mucho más grave que cualquier percance económico y que condicionó toda su infancia y adolescencia. Sus padres se odiaban entre sí, se evitaban todo lo posible y estaban muy poco tiempo juntos en casa, cuando coincidían los dos bajo el techo de su hogar lo pasaban entre gritos y acaloradas discusiones insoportables para Mariam y para sus dos hermanos mayores. Por esta y otras razones, su padre estaba muy poco tiempo en el domicilio familiar, pasaban incluso semanas sin que apareciese por casa pero esto tampoco era un alivio. Su madre tenía un carácter áspero y muy amargo, era profundamente desdichada y trataba a sus tres hijos de forma muy despectiva y en ocasiones violenta; eran frecuentes los gritos, bastante usual las amenazas y ocasionales las bofetadas y los azotes, provocando que los tres hermanos viviesen tan intimidados como atemorizados. En las habituales ocasiones que su madre se excedía con el brandy, les achacaba que era su culpa que su marido estuviera siempre ausente y que ellos eran los únicos responsables de que su matrimonio fuera un rotundo fracaso.

Esta insoportable situación familiar despertó en Mariam un profundo anhelo de formar su propia familia, una familia de verdad, unida y muy feliz donde se amasen de corazón los unos a los otros, donde todos se trataran con respeto y mucho cariño. Desde muy joven fantaseaba con abandonar su hogar para poder vivir su propia vida, no había nada que deseara con más fuerza que irse de casa y empezar una nueva vida en otro lugar que le aportase los sentimientos de cariño y amor que tanto necesitaba y que por desgracia, jamás había experimentado. Ni siquiera con sus hermanos las relaciones eran cordiales, los tres vivían con tanto recelo y desconfianza que tampoco lograron desarrollar una relación de afecto entre ellos, más bien, la indiferencia era lo que sentían mutuamente, quizá fuera entendible en un ambiente tan hostil donde cada uno debía cuidarse de sí mismo.

A los dieciocho años conoció a Fran, un chico apuesto, cariñoso y muy detallista del que se enamoró locamente. Amar y sentirse querida de verdad por alguien fueron unas sensaciones fantásticas y maravillosas que ella experimentaba por primera vez en su vida. Fran era un joven muy aplicado que cursaba su último año de carrera y ya llevaba más de tres trabajando como administrativo en una gestoría fiscal. En aquellos años Mariam trabajaba de dependienta en unos grandes almacenes, una labor aburrida y mal pagada que desarrollaba con bastante desgana, con el único aliciente de cobrar su sueldo a final de mes y poder sentirse independiente gastándoselo en lo que quisiera. Tras unos meses de noviazgo, por deseo e insistencia de ella, se fueron a vivir juntos a un pequeño y muy antiguo piso de alquiler en el centro de Madrid. Vivían muy apurados en el aspecto económico, no tenían nada ahorrado y las dificultades a final de mes eran frecuentes pero lo importante es que eran felices. Estaban muy enamorados y siempre que sus ocupaciones se lo permitían aprovechaban para estar juntos, se divertían en cualquier circunstancia y sobre todo, eran grandes amigos, lo que dejaba en nimiedades cualquier problema económico que tuvieran.

Pasaron así varios años de su juventud y fue cuando Fran llevaba ya dos años con su propia gestoría administrativa y su negocio iba viento en popa y a toda vela, cuando las dificultades económicas se esfumaron, por lo que ambos decidieron que era el momento ideal para casarse. Ella tenía veintitrés años y no albergaba ningún género de duda que tras cinco años de relación con Fran, este era el hombre de su vida y el futuro padre de sus hijos. Si bien es cierto que la relación había perdido la frescura y la pasión inicial de los primeros años, ambos se profesaban un sincero y profundo amor. Mariam se sentía muy afortunada porque Fran era un auténtico tesoro; la cuidaba con mimo, era muy atento y sabía que estaba profundamente enamorado de ella. Al poco tiempo de casarse Fran le pidió que dejara los grandes almacenes, sus ingresos eran suficientes para vivir los dos y de esta forma podrían estar más tiempo juntos, puesto que ella trabajaba todos los fines de semana y festivos, justo los días que eran de descanso

para él. La feliz pareja acordó que lo más idóneo era que ella se dedicara a las tareas del hogar y que Fran se ocupara del aspecto económico para que no faltase de nada en casa. También decidieron que era el momento perfecto para ser padres y empezar a formar esa familia que deseaba con fervor Mariam. Ella aceptó con muchísimo agrado estas decisiones, su trabajo le aburría sobremanera, eran agotadoras sus jornadas laborales a la caza del cliente y se sentía enclaustrada todo el día en esos grandes almacenes sin ventanas. Era muy feliz visionando las perspectivas de su nueva vida, fantaseaba en su imaginación sintiéndose como una bella princesa rescatada por su príncipe azul y sabiendo que este noble príncipe le iba a satisfacer todos sus deseos para el resto de su vida.

El acuerdo se rubricó cuando un año después nació una preciosa y rechoncha niña que colmaba de felicidad a sus padres. Mariam veía como se iban cumpliendo uno a uno todos sus deseos: era una afortunada ama de casa complacida con sus tareas y ahora una madre que disfrutaría criando y cuidando de su hija. Además tenía un marido fantástico al que amar y en especial, se sentía muy querida y protegida por él. Su dicha se incrementó todavía más dos años después con el nacimiento del varón que faltaba para completar la familia de los sueños que visualizaba desde su niñez. Con motivo de las nuevas circunstancias familiares, el feliz matrimonio decidió cambiar de domicilio a lo grande y se compraron una casa mucho más amplia en un acomodado barrio residencial de Madrid. Ella se encargó de elegir la casa, amueblarla y decorarla tal y como siempre había deseado. Ahora ya no podía pedir más, tenía el hogar soñado a su antojo y la familia que siempre había ambicionado para disfrutar de su vida de ensueño.

Una bonita sonrisa se dibujaba en los labios de Mariam mientras recordaba estos años alegres de su vida, pero al instante una mueca amarga ensombreció su rostro, se encendió otro cigarro con algo de ansiedad y sintió cierta angustia; volvía a pensar en su presente, en su vida actual y percibió un ligero dolor cerca del vientre, una sensación molesta e incómoda, un nudo en el estómago. Cada vez se le estaba

haciendo más difícil disimularlo, no había hablado de esto con nadie de su entorno familiar y mucho menos con sus amigas pero tenía claro que ya no era feliz, al menos no se sentía tan alegre y dichosa como se había imaginado en sus tiernos sueños infantiles. Ahora su vida le resultaba monótona, prefabricada, falta de todo aliciente y en especial, ausente de afecto y de un cariño sincero que ilusionase sus largos días repletos de obligaciones. En definitiva, se hallaba vacía de motivaciones y sedienta de nuevas sensaciones que endulzasen su existir, pero sobre todo, necesitaba encontrar esa llama del amor eterno e incondicional que siempre había buscado y que ahora se encontraba enterrada sobre las diarias de deberes y compromisos. Algo no marchaba bien en su vida programada, anhelaba con ardor algún tipo de cambio que le devolviese las ganas de vivir con la intensidad y la pasión que a su entender se tendría que vivir una vida con total plenitud.

—Aún soy joven y la vida tiene que ser algo más que esto. En un mundo sin amor yo no puedo ni quiero vivir —se lamentó con mucha pena y melancolía.

Estaba preocupada, su mente seguía inquieta buscando las causas de estas agrias sensaciones. Fue tras el nacimiento de su segundo hijo cuando empezó a tener la impresión de que sus días no le apasionaban, era como si algo fallase, alguna cosa que se le escapaba en el guion perfecto de su vida y empezaba a sentir un pequeño vacío que se estaba incrementando de manera alarmante con el tiempo. Esta sensación le provocaba una tremenda angustia y conflicto interno: «¿Cómo me puede estar pasando esto? ¿Por qué estoy sufriendo si he conseguido cumplir todos mis sueños?».

Quizá este era el problema, que aquello que más anhelaba desde siempre ya lo había conseguido y ahora no le hacía completamente feliz, de hecho, en su interior no se sentía ni siquiera bien. Que ingrata e inconformista le hacían sentir estos sentimientos, que conflicto tan profundo al que se estaba enfrentado en su discurrir mental. Lo peor de todo es que en los últimos años su carácter alegre y risueño se estaba marchitando. Ahora brotaba de ella un estado de ánimo mucho más apenado y afligido que despertaba las peores cualidades de su

carácter. Reconocía que las discusiones con Fran eran cada vez más frecuentes y, lo más desagradable, cada vez más viscerales y casi violentas. Respecto a sus hijos, la situación no le parecía mucho más favorable, al contrario, los niños eran en ocasiones la fuente principal de sus desdichas. Por supuesto que los quería muchísimo pero en ocasiones se sentía superada por todas las obligaciones que acarreaban. Jamás había pensado que criar a dos niños y realizar todas sus tareas domésticas iba a ser tan exigente como agotador. Pero lo que más le preocupaba a Mariam es que últimamente perdía los nervios con facilidad ante las travesuras y desobediencias de sus hijos y acababa gritándoles con dureza, en ciertas ocasiones, incluso se había descontrolado demasiado llegando a tener ganas de pegarles. El ingrato recuerdo de su madre y la forma en la que ella fue criada se volvió a presentar en su memoria; no quería ni pensar que ella pudiese parecerse en algo a la figura desalmada de su progenitora. No pudo evitar su tristeza y hondo penar al tiempo que sus lágrimas empezaron a descender por sus mejillas mientras afloraban estos recuerdos en su cabeza. Su situación actual le recordaba con amargura y mucho dolor a su niñez, cuando su madre perdía el control y ella se sentía tan atemorizada como desconcertada.

Necesitaba cambiar con urgencia, hacer algo distinto con su vida para modificar su penosa situación actual, pues lo que jamás se perdonaría sería acabar siendo como su madre: una mujer tan infeliz con su triste vida que acabó perturbada y maltratando a sus propios hijos. Su dolor se incrementó con este pensamiento, la molestia del estómago subió hacia la zona pectoral instalándose a la altura del corazón, ahí sintió una fuerte molestia aún mayor que le presionó los pulmones y empezó a respirar con dificultad, acto seguido empezó a llorar sin encontrar consuelo.

III. FRACASO

Los últimos clientes se acababan de ir, tras despedirse de ellos con amabilidad, Lorenzo exhaló un suspiro largo y prolongado síntoma de alivio, había sido un día de muchísimo trabajo como todos los viernes de primavera. Sus compañeros y él hacía rato que habían empezado a recoger y dejaron todo listo para que en el turno de la mañana se encontrase todo en perfectas condiciones.

Lorenzo es uno de los dos encargados de una terraza-restaurant en el madrileño Parque del Retiro, ni mucho menos era de los establecimientos de hostelería más grandes y mejor situados de este parque. Se trataba de un negocio de restauración de tamaño medio: unas cuarenta mesas de exterior más otras quince en el salón interior, situado en el corazón del Retiro; entre el Gran Estanque y el Palacio de Cristal, muy cercano al Palacio de Velázquez. La clientela habitual de estas terrazas, aparte de algunos vecinos de la zona que deseaban comer en un lugar tranquilo y bonito después de haber paseado por el parque, eran turistas, tanto extranjeros como españoles, que necesitaban un descanso y reponer fuerzas tras haber andado durante horas por el casco histórico de la ciudad y los importantes museos pictóricos de las proximidades. Por esto, la gastronomía de estos restaurantes no era ninguna *delicatessen*, servían más bien comida rápida y tentempiés sencillos como pizzas, hamburguesas y raciones típicas españolas que, no obstante, complacían con gusto las necesidades de saciar el apetito de estos turistas. Bien es cierto que disfrutar de estas terrazas rodeadas de un auténtico vergel, junto a los cantos de las aves y la belleza del Parque del Retiro hacía que cualquier vianda se convirtiera en un verdadero manjar. Gracias a esto nunca faltaban los clientes, ni siquiera en invierno cuando el turismo era más escaso y las temperaturas notablemente más bajas.

Los dos cocineros con el último camarero que quedaba en la barra ya se habían marchado. A Lorenzo le gustaba quedarse solo para hacer la caja, rellenar el informe del día para su jefe y preparar el pedido de productos que necesitaban para el día siguiente. A pesar de que había sido un día muy duro de trabajo, no se sentía cansado, de hecho, este trabajo le parecía bastante sencillo y llevadero. Años atrás estaba acostumbrado a trabajar mucho más, a tener bastantes más responsabilidades y pasar sus días abstraído en interminables jornadas laborales soportando un estrés altísimo. Tras dejar en orden el negocio, cerró todas las puertas del acristalado restaurante y aseguró mediante unas cadenas las lonas que protegen las mesas y sillas de la terraza.

Con mucha calma paseaba con tranquilidad hacia el exterior del parque. Era una noche cálida, silenciosa y sin nada de viento que le hacía muy agradable el paseo hasta la salida del parque. Había terminado su jornada laboral y estaba satisfecho de los números que vio al realizar el arqueo de la caja. No era una sensación habitual para él pero en estos momentos se sentía sereno y sosegado por lo que decidió aprovechar la mezcla de la magia de la noche con su plácido bienestar para sentarse un rato. Eligió un banco poco visible, bien alejado de la farola más cercana, era mejor permanecer en penumbra para esquivar las miradas de los vigilantes; a estas horas de la noche el parque ya estaba cerrado, como empleado de un negocio privado solo tenía permitido caminar hacia el exterior y no permanecer dentro de este enorme recinto, más de ciento dieciocho hectáreas de jardín en pleno corazón de Madrid.

Después de unos minutos sentado y saboreando un apacible estado de relajación, como tantas otras veces, no pudo evitar que los pensamientos sobre su vida le volviesen a sobrevenir como si de una enorme nube gris se tratara, inundando su cabeza de situaciones inquietantes y sensiblemente dolorosas. Comenzó a respirar con apuros, entrecortado y apenas captando el aire necesario que con dificultad llegaba a sus pulmones. En estas situaciones ya había aprendido

a soltarse, ya no inhibía su profundo dolor y permitía que sus lágrimas empezasen a brotar de sus ojos con libertad, ya sabía que era la única forma de liberar parte de la inagotable angustia que llevaba dentro desde hacía años.

Percibió con sorpresa una inesperada ventolera que hizo revolotear por los caminos de tierra las hojas de los árboles esparcidas por el suelo y que hasta ahora dormitaban en calma. Recibió con este soplo de aire cierta frescura mientras una ligera y sutil caricia le recorría todo su cuerpo. Este incomprensible mimo era muy intenso en su columna vertebral, lo que provocó que Lorenzo pusiera su espalda bien erguida en posición vertical, adaptando su posición sobre el respaldo del banco. Notó con agrado como esta brisa le consolaba y apagaba, en buena parte, las llamas de su sufrimiento. Lorenzo no entendía lo que le ocurría, algo misterioso e inconcebible para su razón le estaba sucediendo esta noche. No se asustó, más bien se entregó a un cierto estado de gracia que le reconfortaba. Un pensamiento claro predominaba por encima de todos los demás, era más bien una pregunta la que revoloteaba por su cabeza y le invitaba a la más profunda reflexión: «¿Qué ha pasado en toda mi vida hasta llegar aquí, a sufrir esta situación en la que me encuentro?».

En verano cumplirá los cuarenta y siete años y vivía con sus padres en uno de los enormes y masificados pueblos, más bien ciudades por su extensión y población, del extrarradio del sur de Madrid. No le quedó otra opción que refugiarse en su hogar familiar de toda la vida cuando cinco años atrás se divorció de su mujer, la bella y exuberante Vanesa, aunque lo más correcto sería decir que fue ella quien se divorció de él.

Desde que tiene conciencia de sus recuerdos de niñez siempre tuvo una actitud muy singular e inconformista, desde pequeño destacó por su talento, tanto en clase como en los deportes que practicaba con frecuencia. En su adolescencia también sobresalía del resto de sus amigos por su simpatía, inquietud e independencia. Fue en su primer

año en la universidad, estudiando Ciencias de la Comunicación, carrera que eligió porque quería ser periodista deportivo para seguir de cerca su gran afición por los deportes, cuando se propuso dar un golpe de timón a su destino. Decidió que le aburría la universidad: «Ni en broma voy a ser capaz de estar cuatro o cinco años estudiando estas asignaturas que me resultan tan tediosas como inútiles», se decía una y otra vez. Así que a sus diecinueve años recién cumplidos se puso a trabajar como camarero en un restaurante italiano de su ciudad. No tardó mucho tiempo en acreditar que era un empleado muy eficiente, enseguida demostró sus capacidades y ambición pasando en poco tiempo al puesto de encargado; desde esta posición desplegó toda su valía tanto en la gestión del negocio como en su facilidad de agradar con su don de gentes. Esta era su principal arma, destacaba sobremanera en mostrar todos sus encantos en las relaciones personales, tanto en el trato con los clientes como en la diligencia a la hora de administrar el personal a su cargo.

Siendo bastante joven empezó a recibir numerosas ofertas de trabajo como encargado en varios restaurantes, pero prefirió volver a empezar de camarero en uno de los restaurantes más selectos de Madrid. Lorenzo tenía mucha visión y quería explotar todo su potencial aprendiendo de los mejores *maîtres*, *chefs* y *sumilleres*; además de aprovechar su encanto y trato fácil con la gente sirviendo a la alta sociedad de la capital. Con veintisiete años ya era segundo *maître* del restaurante y ganaba un más que respetable sueldo a lo que había que añadir sus ingresos por propinas, que no era nada despreciable. Fue entonces cuando Lorenzo decidió que ya había aprendido más que suficiente como empleado. Ahora quería subir un peldaño más en su escalera de ambición personal y era el momento perfecto para dar un nuevo paso hacia delante, uno grande e importante, tenía todo el conocimiento que necesitaba sobre restauración y había ahorrado lo suficiente para montar su propio restaurante en la capital.

Conoció a Vanesa unos meses después de la inauguración con bastante éxito de su restaurante, ella era una hermosa joven de buena

familia tres años menor que él que frecuentaba con asiduidad su negocio junto a su familia. Con su establecimiento colocado entre los más vanguardistas dentro del mundo culinario de la capital, su atractivo natural y su trato encantador, se ganó con facilidad a la familia de su futura mujer, que aprobó con agrado el matrimonio de la pareja un par de años después.

Aprovechando el reconocimiento y reputación que precedían a Lorenzo y viendo que su negocio funcionaba a pleno rendimiento y era una mina de hacer dinero, sintió que ya estaba preparado para su próxima aventura; un nuevo restaurante, pero esta vez mucho más grande y exclusivo. Fue durante esta época de éxitos empresariales cuando nació su primer hijo, más tarde llegarían dos más. Con poco más de treinta años, Lorenzo era un empresario de cierto prestigio en el ámbito de la restauración; además de sus dos restaurantes en Madrid, había montado una cervecería en una zona turística de la ciudad y también un restaurante italiano en su ciudad natal. El secreto triunfal e infalible en sus aventuras empresariales se fundamentaba en varios factores: afán de superación, talento natural desarrollado al máximo, buen gusto, muchas horas de dedicación, pasión por su trabajo y un incansable esfuerzo por hacer las cosas bien hechas.

Pero Lorenzo quería más, fue en esta época, embriagado por su éxito, su confianza y aspiraciones personales cuando decidió acometer su proyecto empresarial más ambicioso: compró un edificio en ruinas en el centro de Madrid para hacer apartamentos. El mercado inmobiliario estaba en pleno boom, los precios de las viviendas subían cada año y la inversión estaba prácticamente garantizada. Además todas sus amistades ya estaban metidos en el negocio del ladrillo y presumían de sus jugosos beneficios sin apenas esfuerzo. Es cierto que él estaba ganando bastante dinero en el sector de la hostelería, pero eso sí, trabajando jornadas de hasta dieciocho horas diarias, gestionando una plantilla de empleados de unos cuarenta trabajadores entre sus cuatro negocios y peleando la negociación de cada pedido con los proveedores. Por no hablar de tener que soportar los caprichos de los clientes y resignarse ante las continuas exigencias y requisitos de la